

Una señal inadvertida del cielo

Sonó el teléfono dos veces. Casi de inmediato, el abuelo Orlando se apareció en el patio en calzoncillos recitando una plegaria en un extraño dialecto. Parecía estar hablando con alguien que solo él podía ver asomado en la terraza, o tal vez en el cielo, como si en el firmamento alguien escondido detrás de las nubes lo estuviera desafiando. Su cuello estaba doblado hacia atrás, su nuca desaparecida. Sus manos elevadas, como clamando, como suplicando, realizaban movimientos temblorosos, casi epilépticos. Me asustaba mucho. Ni mi mamá ni mis tíos podían descifrar una palabra de lo que gritaba como loco.

Por esos tiempo, en casa se hablaba italiano, aunque para el afuera disimulábamos nuestras raíces calabresas. Si bien yo entendía palabras suelta, los gritos del abuelo me parecían frases encriptadas que solo él y su interlocutor invisible podían entender. Mi tía Pocha me confesó que era consecuencia de la arteriosclerosis, que seguramente no había tomado la pastilla. Sin que pudiera negarme, me llevó a la cocina del brazo, para que no viese el patético espectáculo que estaba protagonizando el viejo. Mi otra tía, la Gringa, la otra hermana de mamá, la menor, viendo lo pálida que estaba me dio un vaso de agua y me dijo que no me preocupara, que todo en un rato volvería a la normalidad. “Non c'è nulla da temeré” (*No hay por qué temer*) me repetían, yo no advertía ningún peligro, pero estaba asustada, era claro que algo malo estaba pasando o iba a pasar.

Esa mañana él había estado bien, hasta más cariñoso que de costumbre. Sin que se lo pidiese me ayudó a colocar las luces y sacar las sillas para la cena de Navidad. Como cada año, iban a venir mis tíos con sus maridos y sus correspondientes hijos a esperar la noche buena. Al llegar esas

fechas tenía un sensación extraña mezcla de felicidad con odio. Una lucha interior entre el cielo y el infierno vivía en mí desde que mi mamá armaba el arbolito en el comedor un par de semanas antes.

Yo no quería a la familia que me había tocado en suerte, a ninguno de ellos, ni a mis tíos, ni a sus asquerosos maridos, ni a los bobos de mis primos. Me parecían mala gente, gente de mierda, unos vividores que usaban a mamá para que lo atendiera al viejo que estaba lleno de mañas y encima no le daban ni un peso para ayudar en los gastos de remedios que tomaba por toneladas. Que el abuelo estuviese a cargo de mamá era su manera de calmar su sentimiento culpa.

A eso de las siete llegaron primero mis tíos, “para ayudar” dijeron, pero yo sabía que venían a joder y a tomar mate, ni siquiera traían una fuente con comida para compartir a la noche, ni si quiera una botella de Coca-Cola, venían las más campantes como quien entra a un cine de garrón para ser el espectador de una película cualquiera. Criticaban a toda vecina del barrio que hubiese sobrevivido a los años y permanecía en una cuadra que quedó anclada en el tiempo. Era un cotorreo que me revolvía las tripas, eran tres locas que recitaban tres monólogos sin escucharse.

El abuelo, desde que vino hace un montón de Italia escapándose de los Nazis y del commendatore había conseguido a los pocos meses un trabajo en una florería, su especialidad era armar las coronas para los muertos. Acomodaba los ramales de gladiolo, claveles y otras flores horrendas en una base verde con forma de neumático y completaba su artesanía pegando la dedicatoria que los deudos le hacían al difunto uniendo unas letra troqueladas de un color que viraba entre el dorado y un rojo carmesí. “*Tus amigos te recuerdan*”, “*Tu esposa e hijo del corazón*”, “*Tus compañeros de oficina nunca te olvidaremos*”, eran algunos de los encargos para las coronas que él minuciosamente anotaba en un cuadernito que llevaba siempre encima y lo tenía oculto en su mesita de luz. Cada tanto yo se lo robaba para espiar

e imaginar quién se había muerto esa semana. En algún momento de lucidez me reprendió diciéndome que no debía husmear en sus cosas, que ahí guardaba con sumo cuidado ese cuaderno para evitar algún error de ortografía en las dedicatorias, ya que de equivocarse tendría un problema grave con los clientes y con su correspondiente enojo del dueño de la florería.

Cuando falleció la abuela Angelina, mi tía Pocha y la Gringa convencieron a mamá para que lo trajera a vivir con nosotras, ya que mamá era la única que no tenía marido al cual el viejo pudiese joder. Me habían contado que la abuela tenía una salud de hierro, pero a pesar de eso se murió como un pajarito atragantada con una cucharada de sopa de municiones, pero nunca creí ese estúpido cuento. Conocí a mi abuelita por una foto, la foto de mi bautismo, donde también papá estaba junto al abuelo y a mamá frente a la pila bautismal y el cura mojaba con agua bendita mi cabecita de bebé.

Desde que tengo uso de razón, el abuelo Orlando fue mi imagen paterna, era el que me retaba si hacía una travesura, al que mi mamá usaba para amenazarme cuando no quería comer, o cuando traía una mala nota de la escuela. Él fue un viejo duro, jamás se le escapaba una sonrisa, parecía que el dolor se le había hecho carne y se lo estaba consumiendo por dentro.

A las nueve llegaron mis tíos con los bobos de mis primos, obviamente también con las manos vacías, pero como si hubieran ayunado por varios días esperando el acontecimiento familiar. A esa hora, el abuelo se había ido a acostar después de recibir a su amigo, el Coco, quien había asado el lechón en el horno de la panadería. Casi sin saludar, se dio media vuelta y se fue a dormir. Mamá les propuso a sus hermanas que dejaran al viejo descansar una siestita, solo media hora; seguramente, cuando se levantara, estaría mejor y podríamos celebrar otra feliz Navidad como corresponde. Para calmar a las fieras, mamá cortó una sopresata y unos cubos de formaggio para darle tiempo, y así poder cenar todos juntos. La única que realmente se preocupaba

por tener una cena en familia era mamá; si hubiera dependido de mí, también me habría ido a dormir como el abuelo.

El lechón ya estaba en el medio de la mesa y las luces de la pérgola hacían brillar los ojitos hundidos en el cuero crujiente del animal asado. Era una noche calurosa, mamá había cocinado toda la semana, sirvió el vitel toné, una fuente con ensalada rusa y un matambre casero. Mis tíos y sus maridos la elogiaban, pero a nadie se le caía una moneda, ni siquiera la ayudaban a poner los cubiertos.

—¿A qué hora comemos? —repetía mi primo Osvaldito mientras que Martita no dejaba de llorar y decir que tenía hambre.

—Ya pasó media hora —le dijo la Gringa a mamá, ante la insistente mirada de su esposo que ya se había sentado a la mesa y jugueteaba con el tenedor y el cuchillo.

—Anda a despertar al nono —le ordenó la Pocha a Martita y ella salió disparada como si la orden daba el inicio de una carrera de embolsados.

A los pocos minutos volvió mi prima frunciendo los labios y refunfuñando.

—No quiere venir, dice que lo dejen en paz —nos dijo y la Gringa salió como tiro hacia la pieza del abuelo.

Todos nos quedamos en silencio, algunos cohetes se podían escuchar a lo lejos, una prematura cañita voladora surcó el cielo dejando una estela que acompañaba su agudo silbido.

La Gringa tardó un buen rato en volver, se ve que quiso convencerlo de todos los modos posibles. Los invitados estaban impacientes y miraban las fuentes como si estuviesen que ser partícipes de la última cena, la última cena de sus vidas.

—Dice que no se siente bien, que arranquemos sin él, que si en un rato se siente mejor va a tratar de levantarse al menos para brindar—nos contó mi tía, la Gringa, habilitando a las bestias a que arrancaran con el banquete.

—¿Pero cómo lo viste? —preguntó preocupada mamá que seguía acomodando cosas en la mesa navideña, tratando de frenar la señal de largada.

—¡Muy bien! ¡Mejor que nunca! Hasta me pidió que le guardásemos la cabeza del lechón, que apenas se sintiese mejor... —justificó para que arrancáramos de una vez por todas. Y así se dio inicio a la repetida y odiada cena de mi ordinaria familia italiana y cristiana.

La Pocha, se dignó a ayudar, juntó los platos y empezó a servir porciones de cada una de las fuentes. Un poco de ensalada rusa, unas rodajas de matambre, un cacho del vitel toné y un trozo del enorme chancho que se desmembraba como si mi tía fuese la jefa de una tribu de caníbales. Mis tíos comían como bestias, se ayudaban con los cubiertos pero al rato llevaban los pedazos de carne a la boca con las manos, chorreándose de grasa la cara y la ropa. Los muy asquerosos no usaban las servilletas para limpiarse, lo hacían con las mangas de sus camisas. Mis primos comían lo que la Pocha le había cortado en trocitos, los muy bobos no sabían usar el cuchillo, o tal vez no se los daban para evitar un infeliz accidente. Martita y Osvaldito se divertían tirándose bolita de migaja de pan hasta que un pedazo se le metió en el ojo a la nena y rompió en llanto, con su consecuente cachetazo a Osvaldito dejándole los cinco dedos de la Pocha marcados en el cachete. Los vasos de vino no permanecían vacíos ni por un segundo. Tras un estruendoso eructo, una de mis tías agarraba la damajuana y los volvía a llenar hasta el borde. Si no fuera porque el lechón que había traído el Coco estaba cocido, hubiese pensado que el resto de mi familia eran parte del mismo chiquero. A mamá la cara de bronca se le notaba desde lejos, estaba sentada inmóvil, mirando a sus cuñados devorar lo que se ponía delante y ella sin probar bocado. Yo solo comía algunas papitas que separaba con el tenedor de la ensalada rusa, las arvejas y la zanahoria me daban asco, no tanto como el asco que tenía por mis tíos. Lo único que deseaba era que llegaran las doce para ir al comedor

a ver los regalos que nos había traído Papá Noel en el arbolito y dar por finalizada la fiesta.

La pirotecnia se estaba escuchando con más frecuencia y mayor intensidad, mamá miraba su reloj a cada rato, como esperando que todo terminara de una vez y pudiéramos irnos a dormir. La luna estaba roja, parecía estar llena de sangre y que iba a explotar en cualquier momento, empapándonos a todos.

—¡Que hay de postre! —aulló Martita.

—Ensalada de frutas —respondió mamá.

—¡A mí no me gusta! —chilló Osvaldito, recibiendo otro cachetazo en la otra mejilla.

—¡Trae las copas! —sugirió la Pocha. —Falta poco para las doce.

—¿Y el abuelo? —pregunté.

—Andá a ver si se quiere levantar que hay que brindar —le ordenó la Gringa a Martita que salió disparada con la intención de ver si ya estaban los regalos al pie del arbolito.

Yo salí tras ella, mientras la Pocha traía la ensalada de frutas que yo misma corte durante toda la mañana. La Gringa se dignó a levantarse y fue a buscar la sidra y las copas para el brindis.

Cuando llegué a la habitación del abuelo, Martita estaba arrodillada susurrándole al oído. El viejo parecía estar atravesando el quinto sueño, ni se mosqueaba.

—Está dormido —me dijo al verme, cruzando su índice ante sus labios
—¿vamos a ver que nos trajo Papá Noel?

Yo noté que el abuelo respiraba agitado, con un ruido raro, como si tuviese un fuelle pinchado en medio de la garganta que le impedía fluir el aire normalmente. Fuimos juntas al comedor y pudimos ver que había algunos paquetitos forrados con un papel estilo escoces.

—¡Vino papá Noel! ¡Vino papá Noel! —salió a los gritos mi prima para avisarles a Osvaldito. Al mismo momento escuché el estruendo del descorche de la botella de sidra.

Corré tras ella y me encontré a mi familia chocando sus copas y deseándose unos a otros, con besos y abrazos una muy feliz Navidad. A los diez minutos, fueron al comedor. Había solo tres regalos. Mamá tomó cada paquetito y leyó el nombre de cada uno de los bobos de mis primos y le entregó su regalo. Vi que quedaba un paquete más grande, me agaché, lo tomé con ambas manos y me fui a dormir.

Desde mi dormitorio, escuchaba a lo lejos los comentarios y las carcajadas y los ruidos de los papeles destrozados. Abrí mi regalo, era una muñeca negrita, tenía motitas de pelo de plástico y un vestidito rojo con dos breteleles que se cruzaban en la espalda. Era hermosa pero tenía una cara triste. Por suerte, la parentela se fue rápido aunque menos rápido de lo que hubiera deseado. Me abracé a la muñeca, me tapé con la sábana y me quedé dormida a pesar de los estridentes rompe portones de los vecinos.

A la mañana siguiente, cerca de las doce, mamá me vino a despertar. Noté que estaba enojada conmigo porque había sido maleducada con la familia. Solo quería desayunar e ir a mostrarle mi muñequita negra al abuelo. Salí al patio, la mesa parecía haber sufrido las efectos de un terremoto. La cabeza del chancho era lo único que se mantenía intacto, como esperando al abuelo Orlando. Escuché que él salía del baño y fui corriendo a mostrarle el regalo que me había traído Papá Noel. Él me dio el abrazo más tierno que había recibido en años y hasta me besó en la frente.

Mamá nos llamó para almorzar. A mí me había preparado una sopa de municiones, decía que no había comido nada que seguro estaba empachada. Al abuelo le preguntó si quería sopa o si se iba a comer la cabeza. El viejo no dudó entre las opciones, y mamá fue a buscar la cabeza del lechón a la mesa del patio y se la trajo en un plato limpio. El abuelo comenzó clavándole

el tenedor en el medio de la frente del bicho. De a poco la fue destrozando, arrancándole los mofletes, la nariz, las orejas puntudas, partes del cerebro y por último se comió los ojos resecos que quitó de sus órbitas. Lo disfrutaba con placer, como si fuese el plato más exquisito del mundo, como si fuese el último deseo de quien va a ser llevado al paredón de fusilamiento. Tomó solamente un vaso de vino al final y no quiso comer la ensalada de frutas que yo había preparado. Se limpió la boca con la servilleta y se paró. Sentí que se tambaleaba un poco. Me acarició la mejilla y me dijo:

—Tí amo così tanto bambina. (te quiero mucho pequeña niña)

Y se tuvo que sostener de la silla para no caerse.

—¿Estás bien? —le preguntó mamá.

—¡Mejor que nunca! ¡Nunca estuve mejor! —le respondió y se fue arrastrando sus pies con su cabeza baja a su pieza para seguir durmiendo.

Ya llegada la noche y al ver que no paraba de dormir, mamá me ordenó que lo fuera a despertar. Entré al cuarto y le dije:

—Abuelo, es tarde, ya es hora de cenar —y no me respondió —apoyé mi manito sobre su hombro y proseguí —Abuelo, despertarte... por favor... ¡Despertate! —y no se movía, estaba frío y duro como una tabla, lo sacudí y me di cuenta de que su alma ya no estaba ahí.

Salí corriendo y fui a avisarle a mamá gritando:

—El abuelo se fue... ¡El abuelo se fue!

Mamá dejó lo que estaba haciendo y vino de inmediato. Las dos entramos en su cuarto y pudimos confirmar que ya no estaba con vida. Fue la primera persona muerta que había visto en mi vida y ni siquiera tuve la oportunidad de despedirme como se merecía.

Mamá llamó a la Pocha para avisarle, que al ser la mayor de las tres, era la que sin duda había tenido más experiencia en esos momentos tan dolorosos. Nadie nace preparado para despedir a un ser querido y mi mamá no era la excepción. Estaba aturdida, se le notaba que no sabía por dónde

empezar. Iba y venía de la habitación del abuelo y en cada trayecto hacia la cocina se acordaba de algo. Llamó a la Gringa y al parecer ya le había avisado la Pocha, que estaba en camino con el de la funeraria. Llamó al dueño de la florería, a las vecinas más próximas y también al Coco, el panadero. Nadie podía creer lo que había pasado, todos nos decían “¡Si estaba tan bien!”.

Esa noche lo velaron en casa, pusieron el cajón en el medio del comedor, justo al lado del arbolito de Navidad. Dos candelabros con una velas gruesas estuvieron encendidas en la cabecera durante los dos días que duró el velorio. Mucha gente vino a despedirlo, todos tenían una linda anécdota para recordarlo. Mis tíos y mis primos los bobos vinieron muchos más calmados que en la noche buena, con sus correspondientes lutos no paraban de llorar y los muy hipócritas decían que había sido como un padre para ellos. Cada tanto el esposo de la Pocha contaba un chiste grosero y la Pocha lo sacaba al patio del brazo para que se riera solo. El dueño de la florería, mandó una corona que decía: “*Querido tano, siempre te recordaremos*”. En ese momento exacto pude darme cuenta de lo grande que mi abuelo había sido para sus amigos y conocidos. Yo lloré, juro que lloré y mucho. En la mañana que lo llevaban a la Chacarita, mamá decidió que yo no fuese, que ya había sido suficiente sufrimiento para mi corta edad.

Le pidió a doña Lola, la gallega de al lado, que se quedara en casa cuidándome. Seguí llorando. Lloré tanto que me dolían los ojos de tanto llorar, lloré por no poder despertarlo de aquel sueño eterno, de no haberlo amado como se hubiese merecido.

Aburrida de ver a Doña Lola tomando mate y de peinar a mi morenita, me fui a la habitación del abuelo. Me arrodillé frente a su cama; mamá la había dejado hecha con la colcha más bonita. Acaricié la tela imaginando que él aún estaba allí. Pude sentir cómo se hundía el colchón en el lugar donde él dormía. Sabía que su espíritu aún permanecía allí. Tuve la tentación

de abrir su mesita de luz. No sé por qué, fue como una señal que me vino del cielo. Sería la última vez que le robaría el cuadernito de encargos de la florería. Muy despacio, abrí el cajón con vergüenza pero convencida de que debía hacerlo. La muñeca negrita me miraba, así que la volteé para que no viera el pecado que estaba a punto de cometer. En el fondo del cajón, encontré el cuaderno, el mismo donde él anotaba las dedicatorias de los deudos para que el abuelo preparara esas coronas con esas flores horrendas. Sin dudarlo, lo abrí y fui directamente a la página que estaba marcada con una foto. Al dar vuelta esa foto sepia, pude verme junto a mis dos abuelos y mis padres el día en que me bautizaron.

Miré a mi muñeca morochita y ella me seguía mirando con sus ojitos de bolitas que brillaban en la oscuridad.

Volví mi vista al cuadernito. Quería imaginar quién habría partido junto al abuelo Orlando esa semana. Cuando leí el último renglón, me quedé muda. Con una caligrafía muy desprolija, decía:

“25-12 - *La tua amata Angelina dal cielo.*” (Tu amada Angelina desde el cielo.)